

Héctor Manjarrez
**La indiscreción
de Elena
Poniatowska**

Es el caso de decir que las crónicas de Elena Poniatowska son únicas. Además, Poniatowska es, dejémoslo muy claro desde el principio, una persona muy valiente. Sus dos libros de crónicas¹ han conseguido romper el silencio, escandaloso como todos los secretos de familia, que rodea a tantas verdades en México.

La noche de Tlatelolco, con el paso de los años y con los altísimos tirajes que lo han consagrado, permanece como el libro irrefutable de 1968; el acta, si se quiere. Incluso sus defectos son cada vez más disculpables en comparación con el efecto insilenciable del coro que la autora reunió para que no se olvidara la matanza, ni lo que la gente sintió antes, durante y después de ella. Sin ese libro, la memoria del 68 sería mucho más ardua: Poniatowska recogió voces a las que el transcurso del tiempo aún no obligaba a adoptar el tono de la memoria.

Fuerte es el silencio repite la dosis, pues ¿quién, en México, se había ocupado públicamente, con pasión y valentía y talento literario, de los desaparecidos políticos? ¿de las luchas de la colonia Rubén Jaramillo? La vida política mexicana desde 1968 está signada por la rebelión, la tortura, la desaparición y la muerte de muchos cientos de personas que escogieron la vía armada o a las que se les imputa (porque legalmente rara vez se les acusa) el haberla tomado. De esto precisamente se ocupa la segunda mitad —la más larga— del libro más reciente de Poniatowska.

La intervención de Elena Poniatowska en el debate —in-terno y moral, porque en lo externo se trata de un silencio, como ya lo indica el título de su libro— no sólo es valerosa, sino además oportuna. Todos, directa o indirectamente, hemos tenido que enfrentarnos al hecho —político, cultural, moral, estratégico y emocional— de la guerrilla; a sus inicios, tan comprensibles, a sus derrotas tan trágicas, a su des-composición. La izquierda, en México, lleva por lo menos diez años de definirse respecto de la

¹*La noche de Tlatelolco*, ed. Era, México, 1971, *Fuerte es el silencio*, ed. Era, México, 1980.

lucha armada; desde suponerla factible (porque el espontaneísmo es una emoción que sólo ahora es palmariamente incompatible), hasta creer que los operativos siempre eran "provocaciones de la derecha" (lo cual podría demostrar que no sólo los liberales se contagiaron del clima maniqueo del echeverrismo), hasta incorporar a la experiencia propia y más bien pacífica el hecho de que muchos murieron, muchos sobrevivientes comunicaron su experiencia y autocrítica, y muchos siguen desaparecidos.

La vía armada en México no tuvo las repercusiones ni la importancia, en sentido alguno, que consiguió en Argentina, Uruguay, Brasil. Sin embargo, todas las meditaciones y estrategias de los últimos años han sido en considerable medida definiciones respecto de algunos años de, violencia a la que nadie pudo sentirse indiferente, empezando por aquellos que preconizaban otras tácticas. La misma reforma política gubernamental, como todos sabemos, es una respuesta preventiva a la guerrilla en México. Sin embargo, los seres que vivieron esa experiencia no aparecen sino mínimamente en los relatos que la izquierda puede hacer de sí misma a lo largo de la última década, y es Poniatowska, que no pertenece propiamente a la izquierda —más adelante aclararemos esta expresión—, quien los reinserta en la realidad cotidiana.

Por más que todos seamos conscientes de que el mínimo ensanchamiento de la vida política nacional que significa la reforma política no sólo se debe a la presión de una izquierda aún claramente débil, sino también al deseo gubernamental de evitarse una segunda serie de estallidos incontrolables (por reprimibles que sean), puede decirse también que por regla general es un hecho que la experiencia de la lucha armada en México, en los años setenta, ocupa un espacio mínimo en el ámbito político que la legalidad define abusivamente y la práctica diaria circunscribe asfixiantemente. Desde luego, no se trata de algo sencillo, entre otras cosas porque las propias organizaciones armadas estuvieron siempre desvinculadas de las luchas en las que la otra izquierda (a la que tildaban de simple y llanamente reformista) se comprometía. El abismo entre una y otra táctica siempre fue notorio, y aun ahora, después de la muerte o desaparición de tanta gente, las conclusiones que se sacan de la debacle y descomposición de las organizaciones armadas no se distinguen mucho, en el seno de la izquierda, de los juicios que ya se emitían en ocasión de los primeros operativos, tan espectaculares como contraproducentes (el asesinato de Garza Sada, por ejemplo).

Políticamente, la guerrilla en México confirmó, con mucho de fatalidad, el diagnóstico original de los "reformistas": la cosa no iba por ahí. Quizás, efectivamente, no haya aún mucho que recuperar de esa experiencia, salvo a aquellos individuos que lograron sobrevivir y que, a su salida de la cárcel o en la cárcel misma (hablo de los afortunados que fue-ron sometidos a proceso), aportan su memoria y su esfuerzo a las formas no armadas de la lucha o —también es de esperarse— a la literatura (que también es parte de la memoria de los individuos y, a veces, de los pueblos).

Sin embargo, fuerte es el silencio en torno a los muertos, los torturados y los desaparecidos. El gobierno ha tendido el velo de la muerte en torno de las actividades violentas e ilegales de la guerrilla y un velo de silencio en torno a las actividades violentas e ilegales —una y otra cosa infinita-mente más— de los encargados de llevar a cabo, por parte del Estado, esa guerra sucia y secreta que cada vez culmina menos en los tribunales y cada vez más desemboca en el fenómeno de las "desapariciones". En virtud de la fragilidad misma de la reforma política y de la necesidad indiscutible de afianzar las posiciones de las organizaciones populares y de izquierda —para no mencionar la falta de arraigo popular de la guerrilla—, el abismo entre una y otra vía no sólo se ha mantenido, sino que se ha ahondado. Las cuestiones de estrategia, perfectamente respetables, han engendrado una ignorancia que linda en el olvido.

Políticamente, es lógico, y válido encima, que se dejen claras las distancias. Sin embargo, es sabido que la tortura, el secuestro, el asesinato y las desapariciones no se ceban única-mente en aquellos que optaron por la vía armada, sino *también* en muchos que la abandonaron (y fueron abatidos al recuperar la libertad) y en no pocos que nunca la contemplaron siquiera. El fantasma de la conosurización, siempre presente en este país, siempre no inminente aún, se nos hace palpable a todos con cada secuestro del que llegamos a saber. Con todo, la lucha por los derechos humanos es raquíta. Y sin embargo es por excelencia una de las luchas populares.

Rosario [Ibarra de Piedra] está incendiada. Arde. Toda la noche. Arde como lámpara votiva. Nunca he visto a un ser tan absolutamente trabajado por - el sufrimiento como Rosario, pero trabajado en el sentido de que la ha pulido, la ha adelgazado hasta ser casi puro espíritu, pura fuerza de voluntad vuelta hacia el hijo [desaparecido].

Entremos en la materia del libro. Este tiene, por decirlo así, dos grandes personajes. Uno es Rosario Ibarra de Piedra, la fundadora y animadora del Comité Pro-Defensa de Presos, Perseguidos, Exiliados y Desaparecidos Políticos. Otro es el Güero Medrano, dirigente de la colonia Rubén Jaramillo, la colonia popular, paracaidista, que más derechos tiene.. entre muchas otras, a considerarse legendaria en México. En torno a estas dos figuras que descubrieron su destino, Poniatowska teje dos relatos excepcionales ("Diario de una huelga de hambre" y "La colonia Rubén Jaramillo") y construye todo un libro donde van apareciendo voces y voces y voces que rara vez solemos escuchar y que jamás, por cierto, habían sido transcritas —salvo en relatos y algunos reportajes de José Revueltas— con tanta honestidad y tanto talento.

Fuerte es el silencio efectivamente —como dice la solapa—"constituye un admirable principio de la verdadera historia mexicana". La historia, si se quiere, de las cosas que sabemos pero no dejamos consignadas (y así gran parte de la historia política del país se escribe efímeramente en las páginas policiacas); la historia de la gente que vemos, pero de la que no conocemos casi nada (excepto que alguna vez la policía invade sus predios y destruye sus casuchas); la historia de la gente que vive y lucha como puede. En suma —y sin ningún ánimo retórico—, una historia popular. Esto puede sonar sentimental, evidentemente. Pero para este lector *Fuerte es el silencio* ha sido una experiencia poderosa y con-creta de encuentro con hechos y voces que existían muy des-dibujados en su conciencia. *La noche de Tlatelolco* fue un coro de testimonios que, dirigido por Poniatowska, afirmaba que no era posible olvidar 1968 y el 2 de octubre. En *Fuerte es el silencio*, Poniatowska ha alcanzado una nueva y fuerte madurez literaria y política —o mejor digamos cívica, sin que ello implique en absoluto disminuirla—, y arma un largo volumen en el que su oficio y sensibilidad se dan la mano para narrar las vidas de algunos de los individuos que más tienen que ver con la tesitura social y política del país, al margen del poder. Ella les da nombre, textura, realidad; ella reconoce su existencia. Sin duda alguna, al libro se le pueden hacer críticas, pero en ningún caso pueden escatimársele elogios.

Citemos del prólogo:

"Pues póngale nomás Juan" como si con dar su nombre temieran molestar, ocupar un sitio en el espacio y en el tiempo que no les corresponde, "nomás Juan". [. . .] "Quién anda allí?" "Nadie". contesta la multitud. [. . .] los pobres no tienen voz. Fuerte es su silencio. [...] Su silencio sin embargo es menos

compacto que el que conservan las autoridades cuando se les pregunta por los desaparecidos, o los que llegan al Distrito Federal muriéndose de hambre (mil quinientos diariamente) o los campesinos que aún pelean por la tierra, menos denso que el de la iniciativa privada cuando se inquiera acerca de sus vínculos con las transnacionales y su política de empleos y salarios. Fuerte también es el silencio que por desidia o por resignación inducida guardamos los ciudadanos.

ÁNGELES DE LA CIUDAD

A la primera crónica del libro, "Ángeles de la ciudad", posiblemente se la pudiera considerar la menor del conjunto. En las notas hasta ahora aparecidas sobre el libro de Poniatowska, los reseñistas destacan poco o nada este texto. Efectivamente, es de una sensibilidad un poco antigua. En las crónicas exitosas de nuestros días, la *frase feliz* es un ingrediente insoslayable: las pocas palabras que nos dicen "cómo somos" y cómo, siendo lo que somos, podemos entenderlo merced al artilugio de unos bien escogidos vocablos. La crónica busca el lugar común: tal es su fuerza y su debilidad. No bien abandona el enfoque de la "opinión pública", a saber del "nosotros que nos reconocemos en el cronista", la crónica resulta anacrónica. Es peligroso el oficio de lo moderno.

El tono, en nuestros días, no es sentimental. Es irónico, es autocrítico, es (en un sentido lato) marxista por oposición a populista. Ahora bien, "Ángeles de la ciudad", justamente se sirve de un enfoque más antiguo. Para empezar, se ocupa de "lo popular" *con humor y sin ironía*; con ese *afecto* con el que a veces parece posible acercarse a las manifestaciones de la cultura popular, desde las sirvientas hasta las artesanías, tanta es la distancia entre las clases en México y tan al alcance del corazón la simpatía (redentora, sardónica, paternalista, radical, etcétera) de los cultos por los desposeídos. Que el afecto de Poniatowska en este texto es antiguo lo subraya, incluso, la dedicatoria a Ricardo Cortés Tamayo, y podría decirse que por extensión a todos los amantes —críticos, populistas, sentimentales, excelentes orfebres del verbo autocontemplativo y achispado— de "lo mexicano". Hay giros de frase, en Poniatowska, que son de Cortés Tamayo, de Alberto Domingo, et al. El pueblo es querible, sufrido, típico y sin embargo original en periodistas tales. Ya después, en el curso del desarrollo de la crónica en México, el pueblo pierde su altar. Se convierte en obrero, en ejidatario, en manifestante, en ciudadano; de cómo reviven los treinta en los setentas, con la debida ironía.

La *f rase feliz*, de la cual Carlos Monsiváis es el mejor practicante sin duda, corresponde al uso del intelecto; de la cultura. Es una interpretación, y como tal lo suficientemente sabia (es decir, *self-conscious* hoy en día) para ponerse a sí misma en duda. No más los excesos de interpretación de lo mexicano a la manera de Fuentes, Paz, el propio Revueltas (recuérdense sus entusiasmos por la Coatlicue) y otros amantes, cultos o no, de lo popular, como simple categoría o como avasallador sentimiento. La crónica contemporánea cumple, es un hecho, con el dictamen de Octavio Paz, a su vez calca sincera de Rimbaud: hay que ser absolutamente mexicanos y modernos. Ahora bien, Poniatowska es una cronista singular en este contexto.

No es que ella no sea moderna porque —en "Ángeles de la ciudad"— sea un tanto antigua. No es moderna ante todo porque es emocional —y también sentimental—, porque va de bruces, con inteligencia y sensibilidad —lo que podemos llamar *candor*—, contra los hechos. Entre los hechos con que Poniatowska se topa, y que trata de descodificar con el arma de su oficio y sus sentimientos, están los tabúes. No sólo los desaparecidos políticos; también el gran ausente, el gran personaje, la gran construcción, la gran raíz: *it popolo*. La inteligencia de Poniatowska no usa la cultura como mediación. Característicamente, la ironía está ausente —del todo— en ella; pero conoce el humor, y el amor, y en ningún texto es esto tan característico como en "Ángeles de la ciudad".

Para hacer una frase feliz: puede decirse que las frases de Poniatowska *son* felices. El disfrute que se puede tener de la pertenencia a una cultura o nacionalidad es aparente en ella, quizás, podría decirse (¿por qué no?, si se habla de una elección), porque no nació aquí mismo, en México. Elena Poniatowska es pues mexicana sin propaganda, y también sin ironía; sin los dos métodos con que, no bien pertenecemos al poder y/o a la élite, asumimos nuestra identidad nacional. Así, su cariño por los desposeídos es auténtico cuando lo sien-te; y no es populista en absoluto. No intenta convencer a nadie de su punto de vista, porque éste es para ella natural, tan natural como (y no es poco decir) su simpatía por las voces de los sobrevivientes de la noche de Tlatelolco. Elena Poniatowska está, de una manera no política, ni cultural —ni tampoco inocente ni ingenua—, con los oprimidos, y sin perder su voz, y sin yuxtaponer su propia tesis —*Hasta no verte Jesús mío* es otra demostración, evidentemente—; esa misma carencia de lo que hay que llamar sofisticación —política y cultural— es lo que da su poderosa influencia *política a Fuerte es el silencio*. Lo que equivale a tratar de sugerir su capacidad para proponer una visión cultural distinta. Sin proponérselo como proyecto, además.

"Ángeles de la ciudad" no es, sin embargo, un texto "puro". No estamos ante una primitiva en sentido alguno. Poniatowska, con los años, ha llegado a ser una escritora de primera línea, capaz, entre otras cosas, de recuperar —sin rebaba alguna— la escritura de los periodistas y novelistas que amaron al pueblo que "uno" puede amar. Poniatowska res-cata el romanticismo de esos autores; rescata, incluso, de cara a la ironía y las categorías, la sensiblería que les hace querer a los jodidos por el hecho mismo de serlo. Esto no quiere decir que la ironía haya sido en vano, claramente. No se quiere hacer aquí una refutación de cronistas de otro tipo. Lo que sí quiere decir esto, según este autor, es que Elena Poniatowska rescata y revaloriza los sentimientos; más aún: las emociones. Pero añadamos: nunca sentimentaliza.

Es por ello, pues, que si bien el "Diario de una huelga de hambre" es el texto políticamente más valiente que contiene el libro, y "La colonia Rubén Jaramillo" una saga que nos debíamos y hasta merecíamos, "Ángeles de la ciudad" constituye también una ruptura con la manera que hemos tenido de ver las cosas. Culturalmente, no posee una importancia menor que los otros textos su descripción abigarrada, humorística y generosa de ese mundo "que pulula [y] se va achaparrando hasta quedar a ras del suelo", donde hay ángeles que ascienden en una escala infinitesimal "hasta llegar a cuidador de coches, globero, billetero, chícharo, voceador, bolero, machetero, ropavejero, abonero, barrendero, lechero, tortero, camotero, taquero y diablero [...], afilador de cuchillos, cortinero", hasta —finalmente— arribar "por riguroso escalafón al más alto peldaño del cielo: cartero, ruletero, fotógrafo ambulante, 'taquimeca', camisero y hasta peluquero", irguiéndose junto a esta gente "siempre sus explotadores, arcángeles de espada desenvainada, fríos corifeos de Dios". Las mejores páginas de Revueltas, y de Paz y Fuentes, y de Cortés Tamayo y Alvarado y Domingo, se entrelazan en este texto. Poniatowska sabe lo que hace.

Por cierto que es heredera de esa capacidad —o más bien necesidad— de lo legendario que atribula al país y que sus mejores individuos saben rescatar como una respuesta —provisional pero fuerte, temporal pero fundadora— ante lo mítico como sistema político. Sin embargo, lo legendario en Poniatowska es tan puro como en muchos pasajes de Revueltas —tiene indignación, furia, romanticismo, chispazo—, y en cierta forma más malicioso. Más astuto: es una cronista de algunas décadas después, que no ha perdido el sentimiento, ni lo media. Éste es uno de los sentidos en que Elena Poniatowska

"no pertenece a la izquierda". No hay un *quizás* en su léxico, por más que sin duda deba haber muchos en su inteligencia. Su contacto con la historia es, por momentos, simplemente directo. Desde el principio, entonces, uno sabe que está ante un libro notable.

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

Quizás en ningún otro texto de este libro se echa más de ver un rasgo distintivo de Poniatowska: su calidad de ajena a lo que relata. Poniatowska es un autor que se acerca a los temas por simpatía. De hecho, ninguno de los temas que ha tratado a lo largo de los años puede decirse que le "perteneciera" —empezando por la misma Jesusa—; y ni siquiera que tal o cual tema pudiera esperarse de ella en particular. O de nadie: *La noche de Tlatelolco* es un libro imprescindible, que solamente pudo hacer ella, pero que para Poniatowska misma fue un rumbo completamente nuevo en su camino.

Por lo que toca al 68, Poniatowska era completamente ajena al movimiento, al no ser estudiante, ni maestra, y ni si-quiera cercana cronológicamente a la generación que protagonizó la rebeldía. Poniatowska preguntaba, preguntaba, preguntaba y preguntando en las calles y las cárceles acabó por escribir un libro lleno de voces. Ajena por igual a la casta de los intelectuales y a las cábalas de los politizados —casta y cábala en sentido descriptivo, no peyorativo—, Poniatowska se ocupa de los hechos políticos en el presente libro con el mismo apasionamiento ciudadano con que escribió *La noche*. En el caso de los desaparecidos políticos, el efecto es muy fuerte: una vez más, Poniatowska comete la indiscreción de destapar la cloaca. En lo que atañe al 68, su texto es memorioso: ni el involucramiento y la pasión de Revueltas en *México 68: juventud y revolución*, ni la sensibilidad de Monsiváis en "La manifestación del rector" y "La manifestación del silencio", ni el análisis político y el recuerdo crítico de Gilberto Guevara Niebla en "El movimiento estudiantil de 1968".²

Su texto, de igual título que el de Guevara Niebla, no pretende ser una reflexión sino un recuerdo. En tanto tal, no es una crónica de los hechos día por día o acontecimiento por acontecimiento. El involucramiento de Poniatowska es pasional: para ella, 1968 es un año clave. ¿Cómo lo sitúa históri-

² José Revueltas, *México 68: juventud y revolución*, ed. Era, México, 1978 (tomo 15 de las Obras Completas). Los artículos de Monsiváis están en *Días de guardar*, ed. Era, México, 1970. El artículo de Guevara Niebla en *Cuadernos Políticos*, n. 17, jul.-sept. de 1978.

amente? De una manera un tanto previsible: como reacción contra la corrupción, la mendacidad y el mundo de notas de sociales y consignas autoritarias que imperaba ideológicamente en el país. ¿Cómo lo interpreta políticamente? Como un estallido de indignación, llegando a llamarlo "el movimiento más extraordinario después de la revolución mexicana", lo que es decir demasiado y demasiado poco. ¿Cómo rescata y le da continuidad a ese movimiento? Afirmando que desde 68 México ya no pudo ser el mismo, ponderando la honestidad subsiguiente de los líderes y destacando el nacimiento de partidos políticos y organizaciones de izquierda.

No se trata, como se ve, de una profundización crítica en el 68, sus orígenes y secuelas. En un sentido estricto, el texto no aporta nada a la comprensión del fenómeno: "En 1968, miles de mexicanos salieron de sus casas a gritar su coraje, su inconformidad. [...] El temor de años transmitido de padres a hijos salía a la superficie". En otra parte: "¿cuándo se había visto que cuatrocientas mil personas marcharan durante cinco horas del Paseo de la Reforma a la Avenida Juárez, ocuparan el Zócalo y gritaran: 'Asesino, Asesino, Ase-sino', hasta emplazar públicamente al Presidente de la República? [...] ¿No se había llegado al tiempo de los hombres con decoro? [...] En 1968, México se levantó de la tumba, despertó de su letargo y su estallido nos conmovió a todos".

Estas frases son, así me lo parece, representativas no sólo del enfoque de la autora, sino también del Movimiento en los momentos en que se estaba dando. La interpretación más política, como la de Revueltas, siempre fue minoritaria en esos meses; el sentido del Movimiento, en esos días era que "el gobierno no podía detener el entusiasmo suscitado por el movimiento estudiantil, la euforia, el coraje, el ímpetu de jóvenes que por primera vez sentían que la ciudad era suya, que las calles les pertenecían, que podían comunicarse con los de-más, hablar en voz alta".

El texto de Poniatowska, por ende, lo que consigue es *revivir*, en unas cuantas páginas, algo del espíritu del 68, "esos días felices que ahora ya no importan". Incluso su referencia permanente a Díaz Ordaz como el Mandril, el Bocón, etcétera, tiene su origen en la tónica de aquellos tiempos, y la suscita nuevamente en el lector. Es un texto que produce el placer del recuerdo; un apéndice a *La noche*, diez años después de la masacre; un recuerdo personal de un año que cambió al país y a Elena Poniatowska, encaminándola por el sendero de los reportajes políticos. Por lo mismo, "El movimiento estudiantil de 1968" no concluye el 2 de octubre, sino que enlaza su narrativa con la apertura

echeverrista, el 10 de junio de 1971 y el nombramiento como embajador en España de Gustavo Díaz Ordaz.

Aquí la retórica de Poniatowska alcanza uno de sus momentos más brillantes en lo que a expresar indignación y desprecio se refiere. Quienes hayan leído, en *Proceso*, su crónica de la conferencia de prensa de Díaz Ordaz en Relaciones Exteriores, en Tlatelolco, recordarán lo gozoso y consolador que fue leerla decir, cuando Díaz Ordaz vivía, cuando incluso parecía revivir políticamente: "Díaz Ordaz no debería ser enviado como embajador a país alguno, Díaz Ordaz debería ser juzgado". Clara y valiente, la Poniatowska. "Curiosamente él fue quien habló de la sangre, de sus manos limpias de sangre (explicación no pedida...) mientras resonaba, en medio de los flashazos, el diminuto tableteo de la cámara de cine, recordando otro tableteo en esta misma plaza de las Tres Culturas."

Texto memorioso, "El movimiento estudiantil de 1968" tiende el puente hacia las siguientes crónicas del libro. "¿Cambió nuestro país? Si, el gobierno se hizo más fuerte, el ejército más temible, la policía más brutal, los fines diazordacistas se alcanzaron victoriosamente."

DIARIO DE UNA HUELGA DE HAMBRE

De pronto, la prosa de Poniatowska se hace escueta. Aquella muletilla suya, la de los signos de admiración e interrogación constantes, aquella postura de pícara ingenua —perceptible aun en *La noche*—, en este libro ya no existen. Pero además el libro mismo se transforma al llegar a la tercera crónica. Menos comas, menos paréntesis, menos signos en general. El relato anterior todavía necesitaba, para redondearse, de un cierto esfuerzo de inteligencia, esfuerzo que se da a notar en una voluntad de estilo. Que el estilo demostrara que Poniatowska ya era un excelente escritor no obvia que ese estilo, instrumento entre otros para lograr la memoria, para conseguir la *cadencia*, también era un adorno. En el "Diario de una huelga de hambre", súbitamente, el lenguaje va al grano. Los recursos literarios, tan valiosos en los textos precedentes, aquí son meros aspectos funcionales de un relato que en sí mismo no los necesita, sólo los produce como uno de los resultados de su propia tensión en pos de la verdad de cada hecho que se narra.

Texto indudablemente trabajado muchas veces, recortado y aumentado, pulido y nutrido, la tercera

crónica sin embargo no pierde su característica primordial de diario. Aquí se consignan los pensamientos, las emociones, las observaciones de Elena Poniatowska enfrentada a la huelga de hambre que en agosto de 1978 llevó a cabo el Comité Pro-Defensa de Presos, Perseguidos, Exiliados y Desaparecidos Políticos (Comité de aquí en adelante) en la Catedral.

Los hechos en sí mismos son dramáticos y Poniatowska les hace plena justicia. Ochenta y tres mujeres, a instancias de Rosario Ibarra de Piedra, inician el 28 de agosto una huelga de hambre en la sede misma del poder en México, en el Zócalo, en vísperas del segundo informe presidencial de José López Portillo. *Lése-présidence*, evidentemente, y se les hace saber que López Portillo está molesto por "esa presioncilla". En su mayoría, son mujeres pobres, algunas venidas a la capital con gran sacrificio. Rosario Ibarra, madre de Jesús Piedra Ibarra, desaparecido desde 1975, las ha venido juntando, animando y organizando. Por su parte, las organizaciones de izquierda en su mayoría se oponen a la huelga por considerar que de hecho puede impedir la promulgación de una amnistía general que se espera que López Portillo anuncie el 1.º de septiembre. Estas mujeres, pues, están solas.

Hace tiempo que Rosario Ibarra cambió para siempre. Mientras su hijo vivía en casa, fue una buena madre de clase media alta en Monterrey. Una vez que desapareció Jesús Piedra, la madre esperó el momento de encontrarlo. Sabía que estaba vivo: la policía acechaba su casa. Un día la policía dejó de vigilar y se divulgó en la prensa que a Jesús lo habían capturado en un enfrentamiento. A Rosario Ibarra le susurraron que su hijo estaba en el Campo Militar número Uno y se vino a México a buscarlo. Al principio era una señora que se engalanaba para hacer la ronda de las instituciones y que "la atendieron como señora decente". "Muy pronto aprendí a no llorar ante ellos [...] para que no pudieran decir: 'Esta pobre mujer no está en sus cabales'."

Rosario Ibarra vio personalmente *treintaiséis* veces al entonces presidente Luis Echeverría. Mexicanamente, nunca se le dijo ni sí ni no y siempre, mexicanamente, se la trató con cortesía: presidente, ministros, secretarios privados, etcétera. Nadie sabe si Jesús Piedra está vivo; algunos dicen haberlo visto en el Campo Militar. Si lo saca el gobierno, comenta Poniatowska, "sería la prueba irrefutable de que México es igual a las dictaduras latinoamericanas. Si sale 'un' preso político, ¿por qué no cien, por qué no mil?".

Poco a poco se transforma Rosario Ibarra. No puede ser ella la única madre en esta situación. Además, de nada sir-ve suplicar al gobierno como individuo sufriente. A la fecha, no se sabe si Jesús Ibarra militó en alguna organización armada antes de que se le acusara de ello; o si empezó a militar a raíz de que a su padre lo tundió a golpes la policía regiomontana. Lo que sí se sabe es que su madre se convirtió en otra persona; que dejó de buscar sólo a su hijo y creó el Comité para buscar a todos los desaparecidos (según la cuenta, 481). Rosario Ibarra dejó su ropaje. Nadie que la haya visto puede olvidar su camiseta con la imagen de su hijo, ni "esa gentileza que en algunas ocasiones parece una despiadada ironía", esa sonrisa que "es su arma de lucha". Rosario Ibarra se convirtió, poco a poco, a través de su propio dolor y el dolor de otros, en una persona distinta, en cierta forma en su propio hijo, y en un personaje político como hay pocos en México. Luis Echeverría le contestaba: "Ahorita la atiende, señora, ahorita la atiende". Multiplicado por treintaiséis ocasiones, nos da setenta y dos "ahorita la atiende" del entonces presidente de la república.

Esta metamorfosis de Rosario Ibarra, Elena Poniatowska no tanto la narra cuanto la delinea con habilidad y delicadeza. En la manifestación en 1977 contra el nombramiento de Díaz Ordaz como embajador, Rosario Ibarra se le había acercado. Poco a poco, va penetrando en la intimidad de Poniatowska. La visita, le lleva obsequios, "quería darse a querer [...] Escuchaba conversaciones que estaban a mil años luz de su interés, de aquello que la había traído a casa: *su hijo Jesús*. En un momento oportuno trataría el tema, entre tanto, se amoldaría, paciente". Generosa y astuta, Poniatowska va conociendo más y más a ese individuo insólito que la visita, y conoce la tragedia que esa mujer sonriente ha sufrido y que además, política, públicamente, *representa*.

Un día es lunes 28 de agosto de 1978 y se inicia la huelga de hambre en Catedral. Poniatowska y Rosario Ibarra, dos personas diferentes, convergen en el atrio. El Diario da comienzo. La autora empieza a escribir, en forma ilada, cuanto siente y sabe de Rosario Ibarra y sus compañeras, que "se enrebozan ante el atrio; podrían ser miembros de una peregrinación, devotas cumplidoras de alguna manda". Este pobre rebaño de mujeres se ha plantado a la vista de Palacio Nacional exigiendo que a su huelga de hambre se responda dando noticia del paradero de sus hijos. Son sólo ochenta y tres personas. El país en general, y quienes andan por la plaza, las ignora. Sin embargo, rompen el silencio, el oficial y el de los mexicanos. Esto les sucedió a ellas y a sus hijos y le puede suceder a cualquiera de los que ahora mismo las ignoran. Son las pocas que hablan por los muchos, patéticas: son las

suplicantes en el templo, cerca de la sede del poder.

El texto de Poniatowska fluye natural y lógicamente hacia las torturas. De la historia de Jesús Piedra pasamos a los testimonios, uno tras otro, espantosos. Del "Ahorita la atiendo, señora" a sus corolarios: "Pa' que escarmiente [...] pa' que le digan a sus hijos que no se metan con nosotros", al "No, si aquí no se trata de derechos", al "Ahorita vas a hablar, cabrón [. . .] tráiganle a su vieja pa' que vea cómo se la dejamos", al "¿Vas a estarte quieto, maricón?", al "Me estoy vaciando. Me dicen que hable. No puedo. Sólo puedo llorar". Ahorita la atiendo. Y mientras:

A mi hijita Tania, de un año dos meses, la torturaron en mi presencia maltratándola y aplicándole toques eléctricos en todo su cuerpecito, después de haberla torturado psicológicamente al verla torturar a sus padres. Recuerdo, y me estremezco al hacerlo, cómo lloraba y gritaba "Papá" y mi dolor ante la impotencia para defenderla y consolarla. Son momentos terribles que quisiera borrar de mi memoria pero que también es preciso describir para tratar de que no se repitan con otras personas.

Fuerte es el silencio. Un grupo de mujeres en Catedral, mujeres sin hijos, a veces sin ningún hijo ya, desamparadas, pobres, uno de esos coros griegos de Esquilo, al que Jesús Ibarra leía cuando desapareció. A la cabeza de este grupo enrebozado, no todas de negro porque algunas no poseen ropa de ese color, se encuentra una mujer que acompaña a los pocos torturados que sueltan, a los raros desaparecidos que reaparecen, a fin de que levanten un acta describiendo los tormentos a que fueron sometidos. "Es esto lo que está haciendo Rosario Ibarra de Piedra —dice Poniatowska—; darle una conciencia a este país, tan olvidadizo, tan valemadrista, tan barrido de noticias, lleno de hombres y de mujeres, de ancianos y de niños que viven en el más absoluto desamparo." Ahorita la atiendo, dirá el MP.

Sobre este trasfondo de unas cuantas mujeres solitarias en Catedral, la historia se yergue como un ave funesta. Ellas piden, con tesón y necesidad, con esperanza y sin ella, por no dejar y por no dejar que se deje, noticias de los hijos desaparecidos. El país (o más bien una parte de él) aguarda a ver si el presidente concederá la amnistía (nadie en realidad cree que responderá a la pregunta de las madres). Entonces, Hugo Margáin Charles, hijo del embajador de México en Washington y ex-secretario de Hacienda y ex-embajador en Londres, es secuestrado. La huelga de hambre, que la

prensa se había encargado de satanizar, minimizar o ignorar, es opacada por la noticia del secuestro y, enseguida, por la muerte de Hugo Margáin. La amnistía está en vilo.

Poniatowska, horror sobre horror, acude a Gayosso. Es jueves 31 de agosto por la mañana: "Tal parece que todos los coches se dirigen hacia allá porque el tránsito se hace lento en Félix Cuevas. Al buscar dónde estacionarme veo a muchos hombres con las manos en los bolsillos, esperando, y muchos carros negros oficiales con sus choferes recargados en la portezuela. ¡ Qué mal me caen ! ¿ Por qué ese despliegue tan ostentoso? Adentro, un gentío apesadumbrado". El segundo tiempo de la tragedia ha dado comienzo.

El tiempo letárgico de Catedral, con sus mujeres "pobres e ignorantes" en huelga de hambre, se ve telescopiado por el tiempo urgente de los medios masivos de comunicación. Una víctima, Hugo Margáin, totalmente ajeno a las madres y al propio gobierno, es el centro de la atención nacional: "le reventaron la femoral, se les desangró, se les fue en un segundo, un burdo torniquete, lo dejaron vaciarse, y luego, espantados, lo abandonaron". Se dice, evidentemente, que fue la Liga 23 de Septiembre, la Liga misma a la que se acusa de pertenecer a Jesús Piedra. El novelista Agustín Ramos le comenta a Poniatowska: "Yo puedo poner mi mano al fuego que a los asesinos de Margáin JAMÁS los van a encontrar. [...] Porque este asesinato es cosa de los mismos políticos [...]". (El tiempo aún no ha desmentido a Ramos.)

En la tarde de ese día, los familiares depositan en una cripta de Catedral las cenizas de Hugo Margáin Charles. No hay ningún contacto entre los padres del asesinado y las madres de los desaparecidos, aunque Rosario Ibarra trata de manifestar su pena. Los guaruras se encargan de subrayar que no puede ni debe haber nada en común; son los "agentes vestidos de señor" que determinan en primera instancia lo que es la ley. Así, los Margáin entraron y salieron, destruidos por la pérdida de un hijo, por entre las suplicantes mal vestidas que estaban a dieta de limón y agua mineral.

Las veo y me veo a mí misma en la mañana con los Margáin dolida hasta la médula, escuchando el abrupto abrir y cerrar de las bolsas de mano de cocodrilo (Aries, Antil, Cartier) y ahora en la noche, en medio de mujeres y estudiantes que no conozco y con quienes me identifiqué, a veces por las razones más nimias.

El tercer tiempo de la tragedia se precipita abruptamente. Con Hugo Margáin asesinado, supuestamente por la Liga, que supuestamente aún existe, ¿quiénes son esas señoras enrebozadas para desafiar así al poder, a unos metros de Palacio Nacional? ¿qué importan sus hijos desaparecidos? Dice Rosario Ibarra:

Lo de Margáin ha suscitado una gran reacción en contra nuestra, Elena. Me dijo Reyes Heróles que en Gobernación no ha dejado de sonar el teléfono, que gente "de bien", así la llama él, dice cosas como ésta: "Qué amnistía ni qué amnistía, van a ver esas viejas si les dan su amnistía". [...] "Bueno, licenciado, dígame, a ver, ¿qué opinión pública está en contra nuestra?" Y me dijo textualmente: "La burguesía y la clase media. Las linchan si se quedan ustedes allí, por eso les repito que se quiten, señora Piedra, sálganse antes de que las saquen. Hace un momento me llamó X. me instó: 'Cuélguelos, cuélguelos a todos'".

Llegan soldados al atrio de Catedral. La huelga de hambre que tanto costó organizar, se levanta en unos cuantos minutos. Antes de que los soldados entren, el campamento se desbanda. La amnistía se decreta, los asesinos de Margáin nunca son hallados, los desaparecidos siguen sin aparecer, y Poniatowska concluye un relato maestro.

LOS DESAPARECIDOS

El "Diario de una huelga de hambre" tiene una secuela: "Los desaparecidos". El tono decrece visiblemente. Aquí la tragedia y el absurdo y el horror se dan fríamente: cifras de Amnesty International, entrevistas con ex-guerrilleros. El momento más intenso bien puede deberse a otra pluma: el poema *Esperanza* del chileno Ariel Dorfman. Poniatowska, periodista capaz de compenetrarse con Rosario Ibarra, y también capaz de establecer una gran distancia frente al entrevistado que no le interesa, aquí no encuentra, en definitiva, una manera de ubicar sus diferencias y sus simpatías. Después de una crónica en la que los personajes y sus causas nos son revelados por una mano tanto más maestra cuanto más sensible —verdaderos individuos en el torbellino pesadillesco de la historia—, ahora es demasiado palpable el esfuerzo de Poniatowska por encarar los hechos Llanos de la desaparición de seres humanos en América Latina y particularmente en México. Su argumento queda claro, y lo expresa eficaz y apasionadamente: México no es una excepción; pero la propia voz de Poniatowska, a lo largo de este texto, es tan desvaída como las voces de los personajes que presenta.

La guerrilla mexicana es un tema que rebasa por completo a nuestra autora. Su juicio, certero, es sin embargo suma-mente apolítico: "uno no puede dejar de asombrarse ante el arrojo y la extrema inconsciencia de la guerrilla urbana en nuestro país". Con ello expresa concisamente lo que seguramente gran parte de la izquierda mexicana siente. Sin embargo, su rechazo a profundizar un poco más en el tema, su evidente ignorancia de las circunstancias que llevaron a muchos a optar por la vía armada, nos llevan a puntualizar una aseveración anterior: Elena Poniatowska "no pertenece a la izquierda". Más precisamente, no pertenece a la cultura de la izquierda. Es eso, podríamos añadir, lo que le ha permitido escribir dos libros —*La noche* y el que nos ocupa— que se cuentan entre los que más han contribuido a escribir la historia de las luchas populares en México; eso y su talento y generosidad.

Tal falta de pertenencia es particularmente patente en "Los desaparecidos". Donde otros sólo; vemos demasiado rollo, y mal digerido, y peor expresado, Poniatowska reacciona con profundo desagrado. Así, no entiende "los términos de los guerrilleros y quisiera sustituirlos, canjear de una vez por todas esta jerga casi eclesiástica". Esa jerga no pertenece exclusivamente a los guerrilleros, piense lo que piense Poniatowska, ni tan sólo a los grupúsculos más sectarios imaginables. Aquí lo que Poniatowska expresa es no sólo su legítimo rechazo a la jerigonza, sino también su completo desconocimiento de los rudimentos siquiera del análisis marxista. "¿Cómo puede uno vincularse a las masas hablando de la coyuntura y la esencial concatenación? ¿A quién diablos le importa la instrumentación de la línea política de masas? ¿Es ése el latín guerrillero ante el cual hay que inclinarse con reverencia?"

Evidentemente, no son ésas las preguntas que hay que hacerse para entender el fracaso de la guerrilla en México y en otros sitios donde también ha sido diezmada. Lo de "esencial concatenación" suena, además, a frase de la propia cose-cha de Poniatowska, como si le hubiera sonado lo suficiente-mente espeluznante para ser "marxista". Mientras Poniatowska identifica a los protagonistas, mientras narra hechos o recuerda acontecimientos o se aproxima a los marginados, se encuentra en buen terreno. Confrontada por lo que su sensibilidad rechaza —la vía armada; la jerigonza—, fracasa estrepitosamente. En "Los desaparecidos", cuando enumera cifras y se imagina cómo un muchacho ingresa en la guerrilla, lo hace bien, con inteligencia y humor y rabia. Sin embargo, no bien confronta a

los personajes, ella, la entrevistadora por excelencia, no sabe muy bien qué hacer y para colmar esa carencia hace un poco de literatura, apreciable pero insuficiente (como pensar en los almacenes Liverpool y sus baratas y declararse burguesa). En loor suyo, con todo, digamos que hace todo lo que puede por entender, por contrarrestar su antipatía dejándola consignada, y sobre todo por defender la causa de los desaparecidos.

Los entrevistados son dos y Poniatowska en ningún momento consigue infundirles vida. Una es Paquita Calvo, de quien podría decirse que es un miembro de la izquierda tradicional que hizo su experiencia guerrillera, afortunadamente sobre-vivió, se autocriticó y de alguna manera volvió al cauce original. En principio, uno se imagina que Poniatowska logrará hacerla abrirse y que del diálogo entre ellas sacará el tipo de percepciones que tan bien logró obtener en contacto con Rosario Ibarra. Pero Poniatowska no quiere, o no puede, obtener gran cosa de Paquita Calvo. En el plano de la reflexión política se atiene a que le digan 'que los guerrilleros son idealistas y no tienen un nivel cultural alto. En el plano anecdótico sí obtiene algunas precisiones, relatos, pero en ningún momento Poniatowska intenta lo que es su fuerte: establecer el vínculo entre cómo la gente se ve a sí misma y cómo la percibe Poniatowska. No demuestra el menor interés por su entrevistada, en realidad.

Si con Paquita Calvo es poco lo que nuestra autora obtiene, con otro amnistiado, de otra clase social, norteño, ex-monaguillo, seco, todo lo que Poniatowska se propone consignar es el diálogo de sordos que ambos llevan a cabo. Literariamente, es afortunada la descripción de cómo no tienen nada que decir-se. Quizá el entrevistado sea tan dogmático como lo percibe Poniatowska, pero ella también se las trae: "dictadura del proletariado (¿qué es eso? ¿cómo puede dictar el proletariado? Y además por qué dictadura si precisamente eso es lo que se combate: la dictadura)". Aquí hay algo más que una falta de familiaridad con el marxismo (y hasta con las bien divulgadas polémicas eurocomunistas con el término "dictadura del proletariado"); aquí hay un rechazo terminante a entender el lenguaje de otro individuo, rechazo que linda con la necedad y el simplismo. Además, uno tiene la impresión de que el entrevistado, por dogmático que sea, tiene más interés en dialogar con Poniatowska del que ella se atreve a reconocerle.

El texto sufre de esta cerrazón. Sin llegar no digamos a compartir, sino siquiera a imaginarse la lógica y la vida de su entrevistado, Poniatowska habría podido documentar mejor su texto y, por lo mismo,

un segmento de nuestra historia contemporánea. A los pobres de la ciudad, a los ángeles, por ejemplo, tampoco los entiende, ni en su sumisión ni en su violencia, pero hace todo lo posible, como ya dijimos, por expresarlos.

Pero lo que importa, a fin de cuentas, son los horrores que los ciudadanos, guerrilleros o no, deben padecer a manos de las fuerzas de seguridad. Y lo que importa, una vez más, es el valor civil de Elena Poniatowska para denunciar una situación: "Si los guerrilleros en la mayoría de sus actos parecen actuar ilusoriamente y moverse dentro de la ineficacia y del absurdo, nada más atentatorio a los derechos del hombre que la actuación de una policía artera y cruel que conoce bien el mecanismo de la tortura".

LA COLONIA RUBÉN JARAMILLO

Ahora entramos en la leyenda y entramos paso a paso. "La colonia Rubén Jaramillo" es el mejor texto que le conozcamos a Poniatowska. Aquí, casi cien páginas, una tercera parte del libro, hay una periodista y escritora de primera línea. A través de su relato parco y dramático, vamos a ir presenciando cómo un hombre, el Güero Florencio Medrano, se vuelve héroe popular y mito, y cómo primero siete familias en marzo de 1973 y luego quince mil personas invaden, construyen y defienden una colonia popular, la Rubén Jaramillo. Nos encontramos en el terreno de los corridos rancheros, el terreno de historiadores y sociólogos, el terreno también de Revueltas y Rulfo y Mancisidor.

El relato empieza por el principio: primero fue el verbo que dijo cómo empezó todo: "La invasión se hizo a las siete de la noche". La autora ha encontrado el tono exacto. Incluso, da parlamentos a los personajes, gente como El Full y el Sin Fronteras y otros. Es una novela lo que está haciendo; un romance. Ella no estuvo allí ese día, ni los demás. Pero desde el principio da voces a cada uno de los personajes. Desde que llegan los primeros invasores, con tiliches, cachivaches y triques, ella está adentro; desde la fundación misma de una Nueva Tenochtitlan, como se fundan tantas en nuestras ciudades.

Es cierto que un parlamento o dos suenan un poco a *La Familia Burrón*; otras veces son ecos

bíblicos, como los de Rulfo y Revueltas, los que escuchamos. Pero Poniatowska no pierde el hilo, y además sus descripciones del lugar y el comportamiento de la gente no dan una nota falsa jamás. Poniatowska está haciendo algo más que una crónica; está haciendo literatura, está poblando las páginas con seres reales que invaden tierras para hacer sus casuchas, para realizar su sueño de un lugar seguro. Unos —entrecomillados— le han contado su gesta, cómo se les ocurrió ir, cómo agarraron el camión, cómo hicieron cola, cómo llevaron material.

Mientras, por ahí, anda el hombre que originó todo esto, el que los convenció de venir, el que les indica cómo armar mejor las viviendas, el que los unirá, al que defenderán como sea. Es el Güero Medrano, quien sabe de remedios para aliviar la bronquitis, quien sabe de té, quien ayuda a cavar, quien estuvo en China y vio las comunas, y quien incluso los convence de subdividir los lotes para que otros pobres puedan también fincar. Es el Güero Medrano: les enseña a tener sentido de comunidad y a sacar coraje de adentro para construir y defenderse. El Güero Medrano: siempre gentil, siempre me. Los hombres lo respetan. Lo quieren las mujeres. "A él, todo le salía natural, fácil, el mando le brotaba desde adentro y se imponía solo."

Un hombre así es capaz de crear una colonia popular y darle unidad. Un hombre así tiene sueños de lucha todavía más audaces: no sólo "fundar una comuna china, la primera en América Latina", en la Rubén Jaramillo, sino hacer la revolución. La colonia debía ser la primera base de apoyo para este guerrerense de 28 años. El Güero Medrano tenía un sueño, y mucha rabia por dentro. Pronto, lo que la Rubén Jaramillo logra corre de boca en boca. La gente escucha. Unos vienen a pedir ayuda y otros, del DF, vienen a prestarla. Corre el año de 1973 y a veces parece que todo el país está en lucha. En pocas semanas, el Güero empieza a cobrar figura de héroe popular. Ha militado en otras partes, pero aquí es donde empieza a fincar su propio sueño. Nadie impugna en absoluto su liderazgo. Él es la autoridad incuestionable de la colonia; él encarna la mística que los hace construir y combatir.

Otros personajes, naturalmente, van a intervenir. Por ejemplo el gobernador, Felipe Rivera Crespo. Por derecho, él es la ley; además esos terrenos invadidos son del estado, es decir suyos; bueno, de su hijo. Pero éste empezó a trazar el campo de golf y hacer la piscina del fraccionamiento y luego lo dejó, cosas que les pasan a los juniors, y ahora se han metido todas estas gentes. Lo cual no puede ni debe ser, por supuesto; y aquí vienen los esbirros, pero pierden sus armas a manos de la guardia de la

colonia, sus "tarugaditas". Entonces el señor gobernador convoca al Güero en su augusto despacho del palacio de gobierno. Estas cosas se pueden arreglar con unas amenazas, con algún cohecho. Sólo que no es el Güero el que va, sino los treinta miembros del comité de lucha encabezados por el Comandante de las Fuerzas Supremas de la Jaramillo, Primo Medrano, hermano del Güero.

Si Muhammad no va a la montaña, entonces el gobernador irá adonde el Güero, el 12 de mayo; en un coche sin placas, va a merodear. Desdichado hombre, las mujeres le cierran la salida; y los lugartenientes cargaron el coche "en vilo y lo depositaron con todo y ocupantes frente a la oficina. Resultó ser Rivera Crespo, disfrazado de campesino: guayabera, lentes negros y sombrero de palma, su chofer guarda-espaldas (que era un orangután dueño de una casa de materiales de construcción en Acatlipa) y dos pistoleros [...] Estaba en manos de esta muchedumbre, la de los miserables, la de los que comen vísceras". Poniatowska se la pasa bien contando cómo ven al señor gobernador los colonos y cómo el señor gobernador, disfrazado de campesino y con gafas oscuras, se ve a sí mismo entre esa gente con "olor a pueblo".

En un país como éste, un licenciado así, viendo que no puede sobornar a nadie, ni menos aún amenazar, se compromete a respetar la superficie de terreno de cada colonia. Un hombre así acepta, a cambio de doscientos pesos por familia, que se instale alumbrado público, agua, postes, drenaje. Un gobernante así, en suma, después se desdice de su palabra aduciendo que le fue extraída bajo coacción. Los colonos conservarán el documento firmado, primero en casa de una maestra, luego en un patio junto a la mata de chayote y todavía hoy, "cuando ya nada significa, se conserva en una caja fuerte". Lo que hizo Zapata, lo que hacen las comunidades indígenas, también pueden hacerlo los colonos.

El pueblo está compuesto de individuos, mujeres, hombres, comité de lucha, dirigente, y a todos Poniatowska les da forma y voz; al sistema también lo componen hombres: el gober, los sesenta policías que tratan de atacar la colonia y son repelidos por mil quinientos hombres blandiendo machetes. De éstos Poniatowska no se ocupa; no son gente que dirime su destino, que pregunta, que aprende, que cambia. Poniatowska sigue atentamente las peripecias. Sabe lo que unos dijeron, se imagina lo que otros debieron decir. Pero ahora la colonia polariza descontentos; por ejemplo, se solidariza con los obreros de la Datsun, huelga muy importante en su momento. Entonces, por ahí, alguien compone un

largo corrido en homenaje a la colonia y su líder. Un héroe popular, capaz de poner en su lugar al gobernador y sabedor de todo tipo de *folk lore*, remedios para la bronquitis, como ya va dicho, y también fórmulas para exterminar cucarachas. Un héroe popular. Y las mujeres lo quieren. Y nadie se atreve a contradecirlo, ni sus seguidores ni sus amigos. El Güero es guerrerense y de niño lloró de rabia en una zanja, una Magnum escondida bajo el cuerpo, mientras los soldados se llevaban a su tío, el rebelde Martín Medrano.

Así las cosas, el gober, "con órdenes estrictas del Presidente de la República" y acompañado de toda laya de funcionarios, incluido un representante personal de Luis Echeverría y María Esther Zuno, viene a la colonia a ofrecer: arena, cal, cemento, bancos para la escuela, tubos de drenaje, material de construcción, agua, luz, todos los servicios, pases para el Hospital Civil, lavaderos, desayunos escolares y que "sigan ustedes en la colonia, nadie va a desalojarlos, la tierra es suya". Un triunfo inconcebible. La gente no puede creerlo. Toda la penuria, toda la lucha, toda su confianza en el Güero Medrano y en sí mismos rinden frutos. El alborozo es indescriptible, hasta que el Güero toma el micrófono y aúlla: "No den las graciaaaaaas, no deeeen las graaaaaacias, no deeeeen".

En medio del silencio, el Güero les dijo a los colonos en voz casi baja, terriblemente cansada y por lo tanto dulce en contraste con los gritos de cólera que lo hicieron parecer un energúmeno, que aquello que les enviaban de la capital no era un regalo sino el producto de años, que todo eso, el agua, la luz, los postes, los desayunos escolares ya estaban pagados de antemano, que eran la sangre de sus abuelos, el polvo de los huesos, el mástil de sonajas en la mazorca, el grano lanzado en los surcos; que sólo entraban en posesión de lo que debió ser suyo hace mil años, que al que tenían que dar el crédito era a su corazón porque la tierra era su casa. [...] "no son huérfanos, son mexicanos, aquí los sembraron y aquí tienen que crecer, sembrarse en sus hijos, la tierra es suya, y la mazorca, y la flor azul que enlaza con la flor roja, suya es la luz, suya el agua, suya, suya porque los han expulsado, no vivan agradecidos, nadie tiene que agradecerle a nadie, nada nadaaaaaa salvo a sí mismos y a su trabajo".

Pero entonces se comete el primer error. El Güero se compromete, como parte del arreglo con el gober y los funcionarios, a desarmar su guardia y vender las armas. Cuando cinco de los más allegados al Güero salen en un viejo Ford a vender el armamento, la Judicial los detiene en la

carretera. Se les tortura y acusa de ser miembros de la Brigada de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres, de Lucio Cabañas. La cabronería de la clase gobernante no tiene límites: "¿Su pa-labra? ¿Qué palabra? ¿Cómo es posible que un luchador experimentado como tú sea tan crédulo?", pregunta Pedro Tomás García, el maestro. Evidentemente, los funcionarios que habían cosechado vítores en la asamblea jamás vuelven a dar señales de vida. Y el gobernador ya no se deja ver desde entonces.

La guerra se ha iniciado y el Güero se rodea de guarda-espaldas: "La gente ya no decía: 'Allí va el Güero' sino 'allí va la escolta' ". Además, el Güero se ocupa cada vez menos de la colonia. Por otro lado, "lo que el Güero nunca dejó fue a las mujeres". No sólo les habla de él, de su vida; también las hace hablar. Por primera vez, alguien las escucha. "A nosotras, las cosas nos pasan [...] nos caen." Por primera vez, ellas hablan. Por primera vez alguien les habla y las escucha. "Tomaba el mundo entre sus manos y se los iba enseñando. [. . .] era una forma de cariño que ellas no cono-cían: platicar. Sus hombres no lo hacían; sólo le gritaban a la mala suerte, fornicaban y se dormían." Y ellas le cuentan. De las violaciones. De las golpizas. De los maridos ebrios. El Güero, entonces, no sólo prohíbe la venta de embriagantes en la colonia, sino que también ordena que se impida la entrada a los borrachos y amenaza con violencia ejemplar a quienes abusen de las mujeres. Pronto encabeza incluso una manifestación contra los cantineros de Temixco —recuerdos uno no sabe si de Mao o del protestante Rubén Jaramillo y ellos le ponen precio a su cabeza.

En tres meses, la Rubén Jaramillo había conseguido lo que otras colonias en tres años. El gobierno, los comerciantes, los ricos y los cantineros saben que hay que acabar con Florencio Medrano. Sin embargo, todo lo que se hizo en la colonia no caerá en el olvido. Antes de Elena Poniatowska, hay otra Elena, la secretaria, calladita amanuense que no sólo pasa a máquina papeles y los enmica cuando es preciso, sino que además escribe todas las noches la historia del Güero y la colonia. Ella y otra figura, el maestro Pedro Tomás García, son en el relato de Poniatowska los antagonistas y asociados más cercanos al Güero. Elena ama al Güero. Sin embargo, se siente más a sus anchas con el maestro, que entiende la lucha revolucionaria no como lucha armada sino como educación del pueblo. El Güero dice: "Pues yo no tengo nada que agradecerles a los intelectuales. Es más, toda mi vida han querido imponerme sus ideas, pero no me dejo".

Poniatowska no sabe lo que piensa el Güero durante todo este tiempo desde que el Full y otros

cayeron en la cárcel. No lo sabe, pero a través de Elena y el maestro consigue hacer vívida la soledad del Güero, para quien se acerca la hora de la verdad. La colonia ya no le importa; tiene asegurada su supervivencia. El maestro, por otra parte, no es más que "un pinche mariconcito". "De veras que el maestro está construyendo una nueva sociedad. Quisiera ir a clases tan sólo por escucharlo, habla tan bonito." "Él, Pedro Tomás García, sí podía educar, enseñar a los demás, en cambio él, el Güero, sólo podía levantarse en armas. Seguía siendo el niño que llora de rabia dentro de la zanja, su Magnum escondida bajo el cuerpo."

El Güero se rodea de gente que ostenta las armas que porta. La colonia comienza a ser invadida 'por lumpen y criminales que saben que aquí no penetra la policía. Algunos colonos empiezan a irse. Mientras, los miembros del comité de lucha reciben entrenamiento guerrillero. "No es bueno que roben los coches y los metan a la colonia, no es bueno que anden enseñando las armas, si de veras quieren hacer la revolución háganla bien", dice el maestro. Pero si alguien lo contradice, el Güero replica: "Acuérdate de Liu Shao-chi que fue purgado" y Poniatowska acota: "La misma pasión que puso en la primera etapa de la Jaramillo, la puso en la lucha armada".

Humberto Serrano, personero de Moya Palencia, entonces Secretario de Gobernación, le indica al Güero que debe canalizar sus inquietudes políticas dentro de alguna organización afiliada al PRI: "O trabajas con nosotros o te liquidamos".

[. . .] el gobierno lo fue copando: detenía y encarcelaba a la gente de la Jaramillo, la presión era continua. Evitaría hasta el último momento, eso sí, un enfrentamiento arma-do con ese loco porque no quería provocar una matanza, pero ahora sí, la Lucha era a muerte. [. . .] Le quedaba un último recurso. Un día lo había dicho señalando los techos de las casuchas de la colonia: "No crean que esa vaya a ser mi único destino. Ni que fuéramos qué".

Los individuos y los acontecimiento se precipitan: dieciocho personas amontonadas en tres coches, con las cajuelas repletas de armas, salen para la sierra. Balacera con soldados y policías municipales y varios muertos, entre ellos Primo Medrano. Entonces el Güero hace su último discurso en la colonia, antes de pasar a la clandestinidad. Fusil M1 en mano y la bandera de México con la efigie de Rubén Jaramillo, anuncia la muerte del comandante de las Fuerzas Supremas:

Hermano, quien grita vive contigo. Hermano, quien protesta vive contigo. Hermano, vamos a vengarte.

Primeritamente aquí nos hemos esforzado por formar un pueblo nuevo, de casi quince mil personas, pero nos dejaron; quieren que siempre seamos basura, bestias de carga. Nosotros los pobres sólo entendemos lo que vemos y vivimos. [...] Esto que comenzamos aquí, otros vendrán a terminarlo mejor de lo que hasta ahora ha sido. Algunos no lo veremos, pero será, ¡seguro que será! Ahora nosotros no luchamos por un lote de doscientos metros, sino por uno más grande que se llama México.

Y volvió a repetir con el fusil y la bandera en alto: —¡Ya no luchamos por un lote de doscientos metros, luchamos por uno más grande que se llama México!

Cuando el Güero se va, Elena se va con él, dejando en la colonia sus apuntes.

El ejército entra de inmediato en la Jaramillo. En 1974, el Güero y los suyos secuestran y dan muerte a un rico de Puente de Ixtla. En 1975, nace el Partido Proletario Unido de América. Ese mismo año obtienen cuarenta mil dólares a cambio de la vida de Sara Martínez de Davis. Algunos de su grupo caen: El Nevero está en la penitenciaría de Morelos con una pena de cuarenta años, y la policía mató a una de sus hijas; a las hijas del viejo Eduardo Martínez Correa, "los agentes las jalaban de los pechos y pegaban en el sexo con una tabla", y a él, "además de toques eléctricos en todo el cuerpo, lo golpearon con las manos extendidas en los ojos y en los oídos hasta dejarlo sordo".

. En el relato de Poniatowska, el Güero desaparece en la sierra después del secuestro de Sara Martínez de Davis. "Si bajo será porque he triunfado." En 1978, en la Sierra Madre del Sur, lo entrevista Francisco Salinas Ríos para *Revista de Revistas*. Ese mismo año, se dice que el Güero murió baleado por el ejército. A Elena la capturan: "era un costal de huesos —aseguró un guardia—, y por lo visto le dolía el estómago pues se mantuvo siempre doblada en dos". En 1980, sigilosamente, el ejército deja la colonia que ocupó durante siete años, "la primera comuna china de América Latina".

Cuando Poniatowska visita el 16 de septiembre de 1980 la colonia, niños y niñas desfilan tras de una niña vestida de reina, cantando algo, sorteando los hoyancos, la piedra suelta, los montones de tierra excavada. "Y aquí en Morelos, / Florencio Medrano / intrépido vencerá", entonan las voces infantiles de repente. La maestra —reemplazante de García— explica que le parece que Medrano fue el fundador de la colonia. "Creo que los han reprimido mucho. El último maestro tuvo que salir corriendo porque lo andaban buscando por comunista. Ahora ya se les quitó esa enfermedad", dice. "¿Enferme-dad?", pregunta Poniatowska. "Si, la del comunismo."

Pero si alguien anda pregunta y pregunta como Elena Poniatowska, "no falta una mujer que diga: `¿Usted es la que anda preguntando por el Güero? Vángase conmigo, yo lo conocí y, si quiere, le cuento' ".

El último texto cierra el biombo del libro en un tono decididamente mayor: "La colonia Rubén Jaramillo" es el mejor testimonio que haya aparecido sobre las luchas de una colonia popular. Ahora bien, no es del todo una crónica real & verdadera, aunque sea una vera historia. Si la voz de Poniatowska, tan presente a lo largo del libro, no aparece en absoluto a lo largo de este texto, no es en balde: uno de los mejores personajes del relato, el que precisamente refleja las diferencias entre el Güero Medrano y el maestro Pedro Tomás García, el que agrega el "interés romántico" a la historia, el que más claramente, en la crónica, se ve forzado a tomar una decisión súbita y radical, ese personaje —el de la secretaria Elena— no existe. Se trata de varios personajes fundidos en uno solo, más —presumiblemente— la homónima autora.

Por tanto, "la colonia Rubén Jaramillo" es un texto de historia y de ficción, entre el reportaje y la leyenda, crónica y corrido y breve novela épica. En él, Poniatowska plantea una vez más, con mayor fuerza, la pregunta que se ha venido sugiriendo y respondiendo a lo largo de todo el libro: ¿cómo escribir la historia inmediata, en particular la historia popular?